



Hombres en guerra, un reportaje sobre la masculinidad bélica

Katherin Julieth Monsalve Requejo

Trabajo de grado presentado para optar al título de Periodista

Tutora

Maritza Andrea Trujillo Rodríguez, Magíster en Ciencia Política

Universidad de Antioquia
Facultad de Comunicaciones y Filología
Periodismo
Medellín, Antioquia, Colombia
2022

Cita

(Monsalve Requejo, 2022)

Referencia

Monsalve Requejo, K. (2022). *Hombres en guerra, un reportaje sobre la masculinidad bélica*
[Trabajo de gradoprofesional]. Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.

Estilo APA 7 (2020)



Repositorio Institucional: <http://bibliotecadigital.udea.edu.co>

Universidad de Antioquia - www.udea.edu.co

Rector: John Jairo Arboleda Céspedes.

Decano: Edwin Alberto Carvajal Córdoba.

Jefe departamento: Juan David Rodas.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos.

Tabla de contenido

| | |
|--|-------------|
| Resumen | Pág. 4 |
| Objetivos | Pág. 5 |
| Referentes conceptuales | Págs. 5-7 |
| Estado del arte | Págs. 7-11 |
| Metodología | Págs. 11-14 |
| Hombres en guerra, un reportaje sobre la masculinidad bélica | Págs. 15-28 |
| Referencias | Págs. 29-31 |

Resumen

Hombres en guerra es un reportaje periodístico nutrido por la literatura, la filosofía y algunos análisis de la masculinidad heteronormativa desde la perspectiva feminista, con el fin de narrar el camino transitado por hombres soldados y ex soldados del Ejército Nacional de Colombia para construir su idea de masculinidad, y cómo aprendieron a saberse hombres.

Palabras clave: masculinidad heteronormada, hombres, soldados.

Objetivos

Objetivo general:

Narrar, mediante un reportaje escrito, cómo se construye la masculinidad de varios hombres soldados heterosexuales integrantes del Ejército de Colombia.

Objetivos específicos:

- Analizar la influencia de las instituciones del poder, hogar, colegio, iglesia, y Estado, en la formación de la masculinidad de los hombres soldados.
- Analizar si el Estado colombiano instaura en los hombres soldados una idea de búsqueda del poder mediante la violencia.
- Realizar un recorrido por la historia individual de cada hombre soldado que haga parte de esta investigación.

Referentes conceptuales

Sistema sexo-género

Se trata de la clasificación de los seres humanos en los géneros masculino y femenino, heterosexual y homosexual, la cual ha permitido un ordenamiento del mundo; se trata de la relación entre sexualidad y poder. Durante los siglos XVIII y XIX la humanidad se alejó de la visión mítica religiosa del mundo y adoptó una científica técnica, bajo el cobijo de que la verdad irrefutable está en la ciencia. Así aparece la noción biológica de la raza, con el fin de naturalizar una relación de opresión y las formas de gobierno que surgen con la colonialidad; lo mismo sucede con la noción de género, la cual busca naturalizar y legitimar la opresión histórica de las mujeres.

Según el filósofo Queer, Paul Beatriz Preciado, “la noción de género se inventa en un laboratorio de psicología infantil americano, en la universidad de John Hopkins, los médicos se dan cuenta de que hay una multiplicidad de cuerpos que no pueden entrar en el binario masculinidad y feminidad, y por tanto lo que van a hacer es desplazar la visión tradicional científica del siglo XIX de sexo, la van a desplazar con una nueva noción: frente al sexo que era inmutable está el género” (Preciado, 2014). Para Paul es importante entender este proceso histórico porque nos permite comprender que en el cuerpo de lo masculino heterosexual se ha encarnado el poder soberano tanatopolítico.

En la conferencia *Colonialidad del poder y feminismo*, llevada a cabo en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, la antropóloga feminista Rita Segato les da una connotación mucho más arcaica a las relaciones de poder basadas en el sexo, ella hace un repaso histórico que comienza con el mito adánico -el cual considera fundacional y transversal a todas las culturas del mundo- hasta Lacan, quien sostuvo: el falo es la mujer, pero el hombre lo tiene. “Son historias de origen de pueblos, el pueblo comienza ahí, cuando la mujer es dominada; por otro lado, esas historias nos muestran muy bien que el género no es biológico, es histórico, porque si fuera biológico no necesitaría de narrativas, lo biológico no necesita que nadie lo justifique y lo refuerce con narrativas que son, en realidad de ley, de cómo se instala una ley; son narrativas arcaicas, pero ya históricas, del paisaje, de lo biológico a lo político, de lo biológico del macho” (Segato).

Masculinidad heteronormada

Es la forma de afirmarse en el mundo de los hombres como individuos y como sujetos políticos históricos. La pregunta importante entonces es, ¿cuál ha sido esa forma de afirmación? Paul Beatriz Preciado llama a los cuerpos femenino y masculino ficciones políticas vivas, basado en sus investigaciones asegura que la ficción política viva más compleja de desarticular y deconstruir es la masculinidad.

Michael Foucault dedica gran parte de su clase del 17 de marzo de 1976, consignada en el libro *Defender la sociedad* (2000), a describir el régimen soberano, hay algo muy importante que dice sobre la figura del rey: “En cierto sentido, decir que el soberano tiene derecho de vida y de muerte significa, en el fondo, que puede hacer morir y dejar vivir; en todo caso, que la vida y la muerte no son esos fenómenos naturales, inmediatos, en cierto modo originarios o radicales, que están fuera del campo del poder político”(Foucault, 2000).

Pero Paul Beatriz Preciado amplía esta visión, porque en el siglo XVIII este tipo de poder no solo residía en el rey, sino que estaba en todos los estamentos sociales en el cuerpo del hombre: “Fundamentalmente el cuerpo que es soberano es el cuerpo del padre. El padre es padre, y la masculinidad es masculinidad, como monopolio de las técnicas de la violencia, quién es el padre, aquel que tiene derecho de vida y muerte sobre su mujer y sus hijos; ahí se encuentran la primera de las ficciones políticas que inventa occidente: la masculinidad tanatopolítico, el uso y el monopolio de las técnicas de la violencia” (Preciado, 2014).

Sabemos que de esa estructura del hogar donde el padre tiene ese poder descrito por Preciado deriva la estructura de mundo que conocemos como patriarcado. Rita Segato dijo en su conferencia *Colonialidad del poder y feminismo* que es la primera forma de subordinación y de extracción de valor no reconocido, “no es una cultura es un orden político, es el orden político primordial que nos acompaña hasta ahora”.

Necropolítica

Una vez escuché a Rita Segato decir que intentaría que lo que fuera a decir se pudiera ver en la vida, hago esta anotación en este referente conceptual porque la necropolítica, a diferencia de los conceptos anteriores, no está en nuestra cotidianidad, no se usa en nuestras conversaciones; en cambio, siempre podemos escuchar: esto es ser un hombre o esto es ser una mujer, así que la necropolítica parece un concepto aislado, pero la verdad es que está en cada uno de nuestros cuerpos y en los modos en que nos relacionamos, porque la guerra, la violencia y la muerte, usada y legitimada por quienes ostentan el poder, es algo que hemos vivido siempre, y hace parte de lo que Marvel Moreno llamó nuestro medio ambiente.

Oscar Campo realizó un ensayo documental llamado *Cuerpos frágiles* (2010), en el que hace una revisión mediática de la puesta en marcha de lo que, tiempo después con el escándalo de las chuzadas del DAS, sabríamos que se llamó Guerra política; él nos hace entender que esa avalancha mediático militar que padecimos los colombianos en esa época, tenía el objetivo de “legitimar sus acciones y a restablecer su mandato incesantemente (...) se fabrica un consenso sobre el significado de ciertas palabras e imágenes, del destino que tienen que tener algunos cuerpos por estar a uno u otro lado de lo que el poder soberano considera como legal o justo, y el modo como pueden ser usados estos cuerpos en su exhibición mediática; en nombre de las alertas de seguridad y en un estado de alerta permanente la ley por momentos queda suspendida y se impone un nuevo estado de soberanía que se ejerce por fuera de la ley, los funcionarios del poder ejecutivo determinan quién será juzgado, quién será detenido, quién será bombardeado” (Campo, 2011). Eso es necropolítica.

El filósofo camerunés Achille Mbembe, en su libro *Necropolítica* (2011), clasifica dos términos importantes para después explicarnos, profundamente, porqué esa forma de ejercer el poder ha sido la respuesta humana que ha atravesado la historia: “la política como un trabajo de muerte (...), la soberanía que defino como el derecho de matar (...). La percepción de la existencia del Otro como un atentado a mi propia vida, como una amenaza mortal o un peligro absoluto cuya eliminación biofísica reforzaría mi potencial de vida y de seguridad; he ahí, creo yo, uno de los numerosos imaginarios de la soberanía propios tanto de la primera como de la última modernidad” (Mbembe, 2011).

Estado del arte

En el recorrido por la literatura consultada, encontré no solamente cómo confluían los tres ejes temáticos hasta volverse casi una misma cosa inseparable la una de la otra, sino también que a todos los autores y autoras los conectan análisis sobre las instituciones de poder: hogar, colegio, iglesia y Estado. Marvel Moreno en su libro *En diciembre llegaban las brisas* (1987) usa un término perfecto: medio ambiente, todo lo que danza alrededor de los hombres y las mujeres para remarcarles el lugar que ocupan en el orden de las cosas.

También es indispensable entender que un proceso reflexivo sobre la masculinidad no se puede realizar separado de la construcción histórica de lo denominado femenino, si se ha hablado de un eterno femenino, también se puede hablar de un eterno masculino, y las relaciones entre ambos en el pasado y en la actualidad son importantes para este recorrido; por eso gran parte de la literatura que consulté fue escrita por mujeres, quienes se inquietaron por las dinámicas de poder existentes en las relaciones de hombres y mujeres, así terminaron por mostrarme cómo se han construido los hombres en la historia.

Silvia Federici ubica el rol del hombre en el transcurso del tiempo. Se remonta a la baja edad media, al hombre se le dio “un privilegio”, una migaja de poder que lo ha tenido en un lugar cómodo en apariencia, volviéndose así un disciplinador que ayuda a perpetuar el statu quo. En el libro *Calibán y la bruja* (2004) está la respuesta, es determinante saberla para entender por qué los hombres recibieron esas sobras del poder y quiénes se las dieron, en un desconocimiento absoluto de para quién era útil esa libertad y poder que supuestamente les fueron dadas.

Según Federici, “el capitalismo fue la respuesta de los señores feudales, los mercaderes patricios, los obispos y los papas a un conflicto social secular que había llegado a hacer temblar su poder y que realmente produjo «una gran sacudida mundial» (...). La lucha contra el poder feudal produjo también los primeros intentos organizados de desafiar las normas sexuales dominantes y de establecer relaciones más igualitarias entre mujeres y hombres” (Federici, 2004).

Como vemos, se estaba fraguando una revolución con una fuerza popular, de las bases sociales, muy grande, ¿por qué no sucedió? *Calibán y la bruja* (2004), continúa: “A finales, no obstante, del siglo XV, se puso en marcha una contrarrevolución que actuaba en todos los niveles de la vida social y política. En primer lugar, las autoridades políticas realizaron importantes esfuerzos por cooptar a los trabajadores más jóvenes y rebeldes por medio de una maliciosa política sexual, que les dio acceso a sexo gratuito y transformó el antagonismo de clase en hostilidad contra las mujeres proletarias” (Federici, 2004).

Para cerrar el aporte de Silvia Federici, quiero usar una conclusión a la que ella llega después de este tramo de su investigación: “este new deal fue parte de un proceso más amplio que, en respuesta a la intensificación del conflicto social, condujo a la centralización del Estado como el único agente capaz de afrontar la generalización de la lucha y la preservación de las relaciones de clase” (Federici, 2004).

Hay algo más en esta línea que no considera Silvia, y sí supo descubrir Marvel Moreno en su libro *En diciembre llegaban las brisas* (1987), tiene que ver con un miedo del que muchos hombres no son conscientes: el miedo a desafiar a esa figura que primero encarnó su padre o su madre, y luego fue siendo encarnada por las subsiguientes figuras de poder, todas estas representantes del patriarcado. Benito Suárez, un personaje de la novela sobre el que profundizaré más adelante, estaba atravesando una acusación de asesinato, todo el mundo que había construido con su poder, posición social y dinero, se venía abajo; entonces sucedió el incidente que muestra lo que aseguré antes sobre desafiar el Patriarcado:

“Aún sin leer aquella carta, Lina había podido concebir el infierno vivido por Benito Suárez después de haber sacado a puntapiés a Dora de la casa rompiendo así el último dique con el cual había incitado a ser lo que era y hasta recompensado por ello, pero que iba a revolverse contra él como una víbora a la menor traición: al poner en evidencia la realidad misma de su poder en cuanto a médico, en cuanto a esposo, Benito Suárez lo había traicionado a la manera del parricida que descubre el odio hacia el padre, o de la mujer adúltera que revelaba la sexualidad femenina, y eso, esa imprudencia, debía pagarla. Empezó a pagarla con la soledad” (Moreno, 1987).

La pregunta sobre por qué los hombres no se han movido de su lugar histórico, no solo se contesta con lo que revela el párrafo anterior, en un capítulo del libro que comienza hablando del pecado original, Marvel va a lo más profundo para responder esa pregunta: “porque los hombres no escapan jamás a la ley del padre y si conducidos por una inteligencia femenina se sublevaban contra él un instante, al siguiente regresaban contritos y angustiados a someterse a su autoridad” (Moreno, 1987).

Por su parte, la antropóloga feminista Rita Segato devela cómo se mueven cotidianamente las relaciones entre hombres y mujeres, hábitos, vida en comunidad y en familia, son aspectos que desarrolla en su ensayo *Las estructuras elementales de la violencia* (2003):

“la antropología afirma que hasta las prácticas más irracionales tienen sentido para sus agentes, obedecen a lógicas situadas que deben ser entendidas a partir del punto de vista de los actores sociales que las ejecutan, y es mi convicción que solamente mediante la identificación de ese núcleo de sentido – siempre, en algún punto, colectivo, siempre anclado en un horizonte común de ideas socialmente compartidas, comunitarias – podemos actuar sobre estos actores y sus prácticas, aplicar con éxito nuestras acciones transformadoras, sean ellas jurídico-policiales, pedagógicas, publicitarias o de cualquier otro tipo” (Segato, 2003).

La frase “Ninguna sociedad trata a sus mujeres tan bien como a sus hombres”, usada por Segato en su ensayo, es bastante inquietante, tomando en cuenta lo que analizamos sobre por qué a los hombres se les dio ese poder sobre las mujeres; Marvel Moreno profundiza y contraría esa afirmación en toda su literatura, en la única entrevista de esta escritora de la que se tiene documentación, dice lo siguiente:

“Yo pienso que en el sistema patriarcal los hombres son muy desdichados. Aparentemente son los grandes gagnants, los que ganan, pero en el fondo pierden. He llegado a una edad en la cual para mí los hombres y las mujeres son la misma cosa. Yo miro a la gente con mucha simpatía. A mí me

gusta la gente, así que a los varones los trato con ternura. Finalmente pienso que están tan desarmados, que es necesario mirarlos con ternura, con un poco de compasión. Los hombres no me inspiran agresividad, incluso en sus grandes manifestaciones de machismo, a ellos, como a los gallos, la cresta se les sube y se les vuelve más roja. Eso a mí me parece irrisorio, me parece un juego de niños, aunque sé que es un juego de niños peligroso” (Moreno, 1988).

La misma Rita Segato lo dice en la entrevista *Los crímenes contra las mujeres son vistos en general como un crimen menor* (2020), en ella se centra en los hombres que hacen la guerra, asegura que “sin mandato de masculinidad no habría mano de obra bélica”, Rita sostiene que “ese mandato de masculinidad obliga a la espectacularización de la potencia, una de las formas es a través de la guerra, como mano de obra bélica. Desmontar el mandato de masculinidad es mostrarles a los hombres que los perjudica, son los que mueren antes de tiempo en todas las naciones” (Segato, 2020). Y Silvia Federici nos enseñó cómo el género masculino perdió su capacidad de hacer la revolución cuando le dieron el privilegio del poder mediante el uso de la violencia.

Después de entender el devenir histórico de la masculinidad, voy al primer lugar donde se les enseña el poder a los hombres: el hogar.

¿Cómo un niño formado así luego puede ser un hombre soldado? Comencemos con el testimonio de uno de los personajes entrevistados por Lydia Cacho para *Ellos hablan* (2018), se llama Gerardo, nació en una familia de militares, “supe lo que significaba ser un hombre de verdad la primera vez que vi a mi padre golpear a mi madre por desobedecerlo (...). Un día golpeó tanto a mi madre que la ambulancia se la llevó. Dos días después, el 9 de julio de 1971, nos dijeron que mamá estaba muerta”. Más adelante, su relato suelta una lectura de ese funcionamiento de un hogar como el funcionamiento de un país: “Toda la familia lo ocultó porque había que proteger al proveedor, al líder moral de la familia, al más poderoso. Ahora que me preguntas pienso que por eso somos tan agachones con los políticos corruptos, porque son los líderes morales de la familia nacional” (Cacho, 2018). También dijo de su padre que era un humillador espectacular, transfiriendo un campo de entrenamiento a su casa trató a sus hijos como a sus soldados.

Después de que Ingmar Bergman le diera la noticia de la muerte de su madre a su padre, y este le dijera que se fuera, porque quería estar solo, él rememoró su infancia; así lo dejó registrado en su libro de memorias *La linterna mágica* (1987):

“Casi toda nuestra educación estuvo basada en conceptos como pecado, confesión, castigo, perdón y misericordia, factores concretos en las relaciones entre padres e hijos, y con Dios. Había en ello una lógica interna que nosotros aceptábamos y creíamos comprender. Este hecho contribuyó posiblemente a nuestra pasiva aceptación del Nazismo. Nunca habíamos oído hablar de libertad y no teníamos ni la más remota idea de a qué sabía. En un sistema jerárquico todas las puertas están cerradas” (Bergman, 1987).

Y aquí el hogar se funde con el estado, representado, para el caso de este proyecto de grado, en el ejército: el miedo al padre, la obediencia sin justificación, la imposibilidad de ser libres y el sistema que después se replica en el estado, son la preparación para que un hombre vaya a la guerra. A esto se le puede sumar lo que Marvel Moreno llamó medio ambiente, a saber “lo aprendido en el colegio, lo enseñado por la religión, lo leído en las novelas, lo insinuado en las películas, en fin, toda aquella moral de represiones” (Moreno, 1987).

Cuando leí por primera vez las palabras de Bergman me sorprendió que mencionara al Nazismo, es un análisis de una clarividencia impresionante, y por supuesto lo ligué con Adolf Eichmman. En una conferencia sobre Marxismo y Feminismo, la docente del programa de Filosofía de la

Universidad de Antioquia, Lily García, habló de “una humanidad que no se ha acercado al mundo, quedándose en la falsa proyección, un interior que no ha sido formado, es un interior vacío, va reproduciendo su interior vacío, lo mismo que los antisemitas, imponiendo a los judíos su frustración” (García, 2018). Si bien, Eichmann no era antisemita, sí tenía un interior vacío.

A partir del caso de Eichmann Hannah Arendt desarrolla la teoría sobre la banalidad del mal, porque para el equipo jurídico que estaba llevando el caso resultaba demasiado contradictorio “admitir que una persona “normal”, que no era un débil mental, ni un cínico, ni un doctrinario, fuese totalmente incapaz de distinguir el bien del mal (...). Sin embargo, en las circunstancias imperantes en el Tercer Reich, tan solo los seres “excepcionales” podían reaccionar “normalmente” (Arendt, 2013).

Así las cosas, hay toda una estructura construida y perpetuada a través de la historia, que hace posible a los hombres en guerra. En Colombia tuvimos nuestro propio ejemplo de la banalidad del mal: los falsos positivos, hombres soldados que fueron ese niño Benito Suárez e Ingmar Bergman, tuvieron un medio ambiente lleno de dictámenes sobre el deber ser de los hombres.

Mientras buscaba documentación pensé en los falsos positivos, no para que los entrevistados en mi proyecto de grado sean hombres soldados implicados en ese tipo de crimen, sino porque sus casos demostraron el nivel al que puede llegar una masculinidad construida para buscar el poder a toda costa, y demostrarlo sea como sea. Sin embargo, aunque la banalidad del mal y las interioridades vacías, ayudan a explicar por qué muchos hombres terminan muriendo por un concepto, y siendo los perpetradores de la necropolítica del Estado, no todos los hombres soldado caben ahí.

El coronel Luis Fernando Borja admitió que ordenó 57 ejecuciones extrajudiciales, es muy interesante que un hombre soldado todavía responda como un niño que busca la aprobación de su padre ante la pregunta por qué lo hizo: “para un reconocimiento de nuestros superiores y de la sociedad que decían que estamos ganando esta guerra y eso era una mentira” (RCN Radio, 2021).

Juan Esteban Muñoz, ex oficial del ejército, le contó a *Soy Tribu* (2021): “El comandante de la brigada nos marcaba los objetivos, y nos decía esta persona se tiene que morir, y nos justificaba de palabra: se tiene que morir porque es una persona que era violadora, porque los paramilitares lo van a ejecutar, entonces en lugar de que lo ejecuten los paramilitares, lo ejecutamos nosotros y postulamos un resultado operacional; y con el tiempo me di cuenta que eran campesinos que solamente participaron como guías en operaciones del ejército” (Soy Tribu, 2021).

Tal como explicaba Bergman en su libro, hay influencias en cada lugar que transita esa persona, en el caso de Juan Esteban:

“A las 4 de la mañana con 14 años levantarte todos los días a trotar, sube, sube guerrillero tu cabeza arrancaremos, de tu sangre beberemos, tus mujeres violaremos. Buenos días mi general, las bajas en combate no son lo más importante, son lo único importante; entonces toda esta supura de veneno te va calando, y eso lo juntas con juventud, con que tienes poder, lo mezclas con un poquito de inmadurez... en ese entonces nosotros considerábamos que existían unas vidas que valían más que otras” (Soy Tribu, 2021).

Por último, está Carlos Eduardo Mora, cabo del ejército mundialmente conocido por denunciar los falsos positivos; pero también por ser el único hombre soldado — de los que he escuchado hablar— con un ejercicio reflexivo profundo. Cuando estaba en Tibú, vio todas las muertes posibles, y esto les decía a sus hombres para animarlos a seguir en la guerra:

“¿Yo qué les decía a los que habían quedado vivos? Para eso no me había preparado la escuela. Lo único que se me vino a la cabeza fue: “Jóvenes, nosotros sabíamos a qué veníamos, ahora vamos a vengarnos”. Me di vuelta, me hice a un lado del grupo y me puse a llorar. Había compartido mucho con esos muchachos, meses sin ver una cara distinta a la de ellos, y de un momento a otro verlos muertos fue muy duro. Ahí me dije: “Esto no es lo mío” (Álvarez, 2014).

Mora comenzó a detectar irregularidades, a preguntar, se negaba a ciertas cosas, cumplía órdenes a medias, en la entrevista que le dio a Juan Miguel Álvarez para su crónica *Los positivos del cabo Mora* (2014), hace el siguiente apunte: “Esa es una de las cosas que Herrera (coronel) ha dicho en la Fiscalía: que yo no le hacía caso. ¿Pero cómo iba a hacer caso a esas órdenes incoherentes?” Él vivió una situación similar a la de Eichmann donde los conceptos de bien y mal, de vida y muerte, se trocaron de una manera extraña, solo que Mora estuvo más atento y no se dejó envolver en esa vorágine de órdenes que se cumplían de manera inapelable.

En todos estos hombres, desde Eichmann hasta Mora, sucede una confusión, muchos no comprenden cómo llegaron allí, se trata de mandatos que ya están en la psique de estos hombres, de la unión de todo lo que hemos analizado hasta ahora; pero hay algo en la relación con lo que consideran su trabajo que también contribuye a esa confusión, Carl Marx lo explica en un apartado llamado Trabajo enajenado, el cual hace parte de su libro *Manuscritos de economía y filosofía* (1968):

“La desvalorización del mundo humano crece en razón directa de la valorización del mundo de las cosas”. Como dijo Juan Esteban, en la guerra importaban los resultados, nunca se les dijo que ellos eran importantes, o que debían ser cuidados en el proceso. “cuanto más se vuelca el trabajador en su trabajo, tanto más poderoso es el mundo extraño, objetivo que crea frente, así y tanto más pobres son él mismo y su mundo interior, tanto menos dueño de sí mismo es”. Y esto también viene de un aprendizaje anterior: “Lo mismo sucede en la religión. Cuanto más pone el hombre en Dios, tanto menos guarda en sí mismo” (Marx, 1968).

Metodología

Enfoque metodológico

Hombres en guerra es un proyecto de grado con enfoque metodológico cualitativo, debido a la interdisciplinariedad que permite; en el ensayo *La investigación cualitativa* (Jugerson y otros) catalogan como actividades propias de la investigación cualitativa la teoría, el método y el análisis, la ontología, epistemología y metodología; y en ese proceso se reconoce la historia particular que atraviesa a la investigadora, “esta perspectiva lleva al investigador a adoptar puntos de vista particulares respecto “al otro” que es estudiado”.

Este ensayo también dice que “los investigadores están comprometidos con una perspectiva naturalística y a la comprensión interpretativa de la experiencia humana”. Además, por tratarse de experiencias humanas que van a ser recopiladas en un reportaje es muy valioso tener un enfoque donde lo incierto sea posible, en el que las reflexiones de la investigadora tienen un amplio margen de acción, es más importante el proceso que el resultado, “en lugar de comenzar con la hipótesis, teorías o nociones precisas que probar, la investigación cualitativa empieza con observaciones preliminares y culmina con hipótesis explicativas y una teoría fundamentada” (Creswell, 2007).

La investigación cualitativa, añade: “La investigación cualitativa posee un enfoque multimetódico en el que se incluye un acercamiento interpretativo y naturalista al sujeto de estudio, lo cual significa que el investigador cualitativo estudia las cosas en sus ambientes naturales, pretendiendo darle sentido o interpretar los fenómenos en base a los significados que las personas les otorgan”.

Y sobre todas las cosas, escojo este enfoque metodológico porque el “otro” es el sujeto de investigación, y esto atraviesa todos los objetivos del proyecto de grado.

Método

En *La investigación cualitativa* dan una explicación que me sirve de puente para conectar enfoque metodológico, método y los objetivos planteados para este proyecto, “las metodologías cualitativas no son subjetivas ni objetivas, sino interpretativas, incluye la observación y el análisis de la información en ámbitos naturales para explorar los fenómenos, comprender los problemas y responder las preguntas”; por eso el método escogido para este proyecto de grado es la reportería, porque no solo se trata de “reflexionar sobre cómo se hace el acto de reportar, sino también para entrar en la práctica del hacer” (Jugerson y otros), la investigadora siempre se está cuestionando la forma mientras la ejecuta, y porque en este método caben unas técnicas que permiten el desarrollo de los objetivos específicos del proyecto: revisión documental, observación y conversaciones informales, entrevista colectiva, entrevistas en profundidad.

En su artículo *Reportaje: la metodología del periodismo* (2018) Raúl Osorio compara los métodos con caminos, distintas formas de llegar al mismo lugar que ya hablamos: el “otro”; sin embargo, la palabra camino no solo sirve para hablarnos del proceso, también funciona para comprender el corazón de la reportería: “El mito del eterno retorno, la narrativa que siempre retorna para surcar por los caminos de la convivencia entre nosotros y el mundo, acompañando las diferentes etapas de la evolución humana, para que un nuevo grupo de narradores surja con toda la fuerza, reinterpretando y comprendiendo, cada uno a su manera, el viaje de la esperanza del “Humano Ser”” (Osorio, 2018).

La combinación filosofía del periodismo y teoría del reportaje, según Osorio, consta de metáforas, cosmovisiones, multiplicidad de expresiones, hablas diversas de raíces populares, y la realidad social, cultural y política; por tal motivo el reportaje como método de investigación es el propicio para este proyecto de grado.

A continuación, expongo las técnicas seleccionadas para cada objetivo específico:

- Analizar la influencia de las instituciones del poder, hogar, colegio, iglesia, y Estado, en la formación de la masculinidad de los hombres soldados.

Técnicas: Revisión documental, entrevista colectiva, observación y conversaciones informales, entrevista en profundidad.

La revisión documental prepara a la investigadora de cara a saber qué ha hecho posibles a estos hombres, las ideologías que han estructurado a lo largo de los años; para este proyecto, la revisión documental arrojó que los referentes conceptuales que orientan la investigación, que influyen directamente en la elaboración de la metodología y les dan un marco a las entrevistas son el sistema sexo-género, la masculinidad heterosexual, y la necropolítica.

La revisión documental, cuando se combina con las entrevistas en profundidad, ayuda a dilucidar el contenido filosófico de cada personaje, el contenido teórico consultado permite comprender cuáles son las anécdotas, frases sueltas, reflexiones, que demuestran cómo cada institución del poder ha influenciado la vida de los personajes.

El artículo *Reportaje: la metodología del periodismo* (2018) señala que la observación “es el medio por excelencia para aprehender lo social que se manifiesta en la experiencia y señala los procedimientos para recoger los registros y situaciones que se viven en los contextos estudiados. A través de su experiencia-vivencia el reportero observa para participar y participa para observar”. Así las cosas, las técnicas seleccionadas para cumplir este objetivo siempre van de la mano.

- Analizar si el Estado colombiano instauro en los hombres soldados una idea de búsqueda del poder mediante la violencia.

Técnicas: Revisión documental, observación y conversaciones informales, entrevista colectiva, entrevista en profundidad.

Al tratarse de un proyecto que aborda la masculinidad en la guerra, este es el objetivo crucial, pues esa combinación entre lo bélico y lo masculino ha acompañado por tanto tiempo a la humanidad que a veces parece que no se sabe de dónde viene, pareciera que siempre fue así; por eso la revisión documental, el repaso histórico de libros e investigación dedicadas a develar esa relación hombre-guerra, develan quiénes y cómo se le dio ese poder con el uso de la violencia al género masculino.

En este objetivo se usan todas las técnicas porque la teoría solo nos permite entender de dónde viene esta forma masculina de afirmarse en el mundo, sin la observación, sin las conversaciones informales, que implican estar cerca de ellos y tener una escucha activa, elaborar una bitácora de investigación, no se podría responder la pregunta ¿cómo se formó la masculinidad en cada uno de estos hombres? Cada técnica le sirve a la otra, por eso todas las anteriores hacen posible los dos tipos de entrevista que se usarán en este proyecto: la entrevista en profundidad, y la entrevista colectiva. Raúl Osorio la llama La entre- vista-encuentro, y la define como una “Entre- vista, mirada, escuchada y sentida como diálogo, encuentro, conversación profunda de comunión, método del reportaje que produce conocimiento. Diálogo polifónico que transforma una entrevista de campo en un experimento en igualdad “(Osorio, 2018).

- Realizar un recorrido por la historia individual de cada hombre soldado que haga parte de esta investigación.

Técnicas: Observación y conversaciones informales, entrevista colectiva, entrevista en profundidad.

Aunque la reportería para este proyecto tiene como resultado un texto escrito, este método consiste profundamente en una cualidad indispensable para la periodista: la escucha. Alfredo Molano dice en el prefacio de su libro *Desterrados* (2001): “Entendí que el camino para comprender no era estudiar a la gente, sino escucharla”; por tal motivo, los dos grandes referentes que tengo para la aplicación de las técnicas observación, conversaciones informales y entrevistas a profundidad, son Svetlana Aleksievich y Alfredo Molano.

El libro antes mencionado reúne varias crónicas que hablan del desplazamiento forzado en el país, relatos escuchados por Molano quien después los escribió en primera persona. En su ejercicio periodístico Molano escribía “lo que veía, lo que me contaban, otras [veces] tomaba notas, e inclusive apelé al video”, siempre haciendo uso del tipo de entrevista a profundidad historias de vida, lo que le permitió construir relatos con investigación y una narrativa que conmueve; para mí

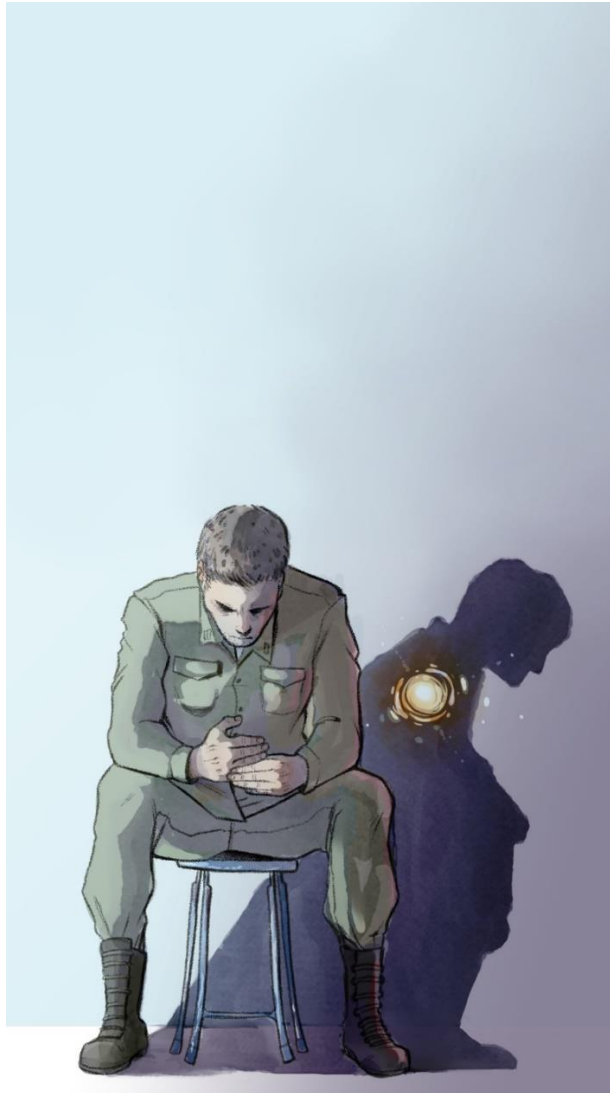
ha sido inolvidable un fragmento de la historia de Toñito, un niño criado a orillas del río Chajaredó (Chocó), y tuvo que salir corriendo porque los paramilitares asesinaron a casi todo el caserío, incluyendo su familia”.

Svetlana es otro ejemplo que combina la observación, las conversaciones informales y la entrevista a profundidad. En su libro *Los muchachos de zinc* (2016) logra mostrar una gran investigación con tan solo dejar por escrito los relatos de madres, padres y combatientes, el camino de investigación que precedió este resultado, la información precisa que tenía sobre la Guerra de Vietnam, las reflexiones personales que tuvo y que también puso por escrito y el tiempo que estuvo cerca de los personajes, le permitieron cumplir una de las cosas que plantea la reportería como método: traer el pasado al presente.

“¿No oye el ladrido de los perros? ¿No? Yo sí, siempre que cuento esto escucho a los perros ladrar. Los oigo correr... Allí, en la cárcel donde él está ahora, hay pastores alemanes, son grandes y negros ... Y toda la gente va de negro, siempre de negro ... Cuando vuelvo a Minsk, voy por la calle, paso por delante de una panadería, de una guardería, con mi barra de pan y con la leche, y oigo ese ladrido. Es ensordecedor. Me deja ciega... Una vez casi me atropella un coche” (Aleksiévich, 2016).

Las entrevistas colectivas permiten que las experiencias de vida se nutran, y proporcionan un espacio de seguridad y confianza porque se saben iguales unos entre otros, porque han tenido una vida parecida.

Hombres en guerra
un reportaje sobre la masculinidad bélica



Capítulo I
Los orígenes

6 junio de 2022. 9:41 a.m.

“Los problemas de la violencia siguen siendo muy oscuros”, esta expresión del dirigente del Movimiento Sindicalista Georges Eugène Sorel propicia que hable con Kevin sobre el uso de la violencia por parte de los soldados.

— Violencia es como qué, la guerra, ¿no? Mucha muerte. Pero no, nosotros tampoco hemos, así como matado a alguien por allá, no, nada.

— ¿La relacionas directamente con el acto de matar?

— Matar, sí. Acá tampoco le enseñan a uno a eso, no, si no a defenderse, solamente a defenderse, si lo van a matar a uno le toca matar también.

— ¿Cómo les enseñan a defenderse?

—Por ejemplo, si hay una balacera, uno lo primero que tiene que hacer es buscar cubierta y protección, digamos meterse detrás de ese palo, y ya tiene que cargar el fusil y defenderse, no se puede dejar matar.

7 junio de 2022. 4:05 p.m.

En otro tiempo y lugar Camilo responde: “yo creo que el soldado no sabe que está usando la violencia, el soldado está cumpliendo una orden”.

“La primera lección de civilización [es] la obediencia”, esta afirmación es de John Stuart Mill y es usada por Hannah Arendt en *Sobre la violencia*, Hannah piensa que todas las formas de gobierno desde la monarquía hasta la democracia, tiene un precedente en común: los Mandamientos de Dios —“la simple relación de mando bastaba para identificar la esencia de la ley” —. Bajo cada distinta forma de gobierno, los seres humanos han manifestado “una verdad psicológica: la de la voluntad de poder y la voluntad de sumisión (...). Recíprocamente, una fuerte aversión a obedecer viene acompañada a menudo por una aversión igualmente fuerte a dominar y mandar”.

Respecto al derecho a defenderse, retomo una reflexión de la periodista Svetlana Aléxievich. El 20 de septiembre de 1986 apuntó en su libreta de notas —consignada en *Los muchachos de zinc*— que había presenciado su primer combate, estaba con los soldados bielorrusos durante la Guerra de Afganistán, habían muerto tres soldados. Svetlana siente una extrañeza sombría porque nadie se percató de esos cuerpos, aunque estén al lado de ellos y ella; entonces lo pensó y escribió: “el derecho del hombre a no matar. A no aprender a matar. No está escrito en ninguna de las constituciones existentes”. ¿De dónde viene el derecho a matar, a usar la violencia? ¿Quién o quiénes lo otorgan? ¿Quién o quiénes se benefician de su existencia? ¿Por qué los hombres soldados pueden usarla?

Hannah Arendt diferencia violencia, poder y fuerza en *Sobre la violencia*, solo después de problematizar las muchas definiciones y analizar las acciones humanas de su época. La fuerza “debería quedar reservada en su lenguaje terminológico a “las fuerzas de la Naturaleza” o a la “fuerza de las circunstancias” (...), esto es, para indicar la energía liberada por movimientos físicos o sociales”. El poder “nunca es propiedad de un individuo; pertenece a un grupo y sigue existiendo mientras que el grupo se mantenga unido (...). En el momento en que el grupo del que el poder se ha originado desaparece, “su poder” también desaparece”. La violencia “se distingue por su carácter instrumental”, los usos de dichos instrumentos “son concebidos y empleados para multiplicar la potencia natural hasta que, en la última fase de desarrollo, puedan sustituirla”.

En el mundo primitivo los hombres vencedores en una guerra tomaban la posición de mando, y realizaban una “ceremonia de paz” para simbolizar su imposición, significaba que “las nuevas circunstancias eran reconocidas como nuevo “derecho””, según Walter Benjamin en *Para una crítica de la violencia*; por eso la violencia bélica es por excelencia fundadora y perpetuadora del derecho a gobernar del que se apropia el grupo vencedor, que, a su vez, la usa porque es probable que otro grupo se valga de ella para arrebatársela el poder. Los estados modernos han dado el uso de la violencia legal a la fuerza pública, en Colombia está conformada por las fuerzas militares, de las cuales hacen parte el Ejército Nacional, la Armada Nacional y la Fuerza Aérea Colombiana; la segunda fuerza es la Policía Nacional de Colombia. Sin embargo, Walter Benjamin hace un énfasis especial en el militarismo porque ese grupo cumple la doble función de fundar y perpetuar el poder:

“El militarismo es el impulso de utilizar de forma generalizada la violencia como medio para los fines del Estado (...). Dicho impulso revela una función completamente distinta de la violencia que la mera persecución de fines naturales. Refleja una utilización de la violencia como medio para fines de derecho, ya que la sumisión de los ciudadanos a las leyes —dado el caso, la obediencia a la ley de servicio militar obligatorio— es un fin de derecho”.

Por eso, “la violencia está en el reino de los medios y no en el de los fines”, como sostiene Benjamin en *Para una crítica de la violencia*. Este autor nos lleva hasta la filosofía del derecho, más puntualmente la del derecho natural y el derecho positivo. El primero busca justificar los medios por la justicia de sus fines, el segundo promete garantizar la justicia de los fines legitimando los medios. El origen filosófico del derecho natural es: la violencia como único medio originario a todos los fines de la naturaleza, una idea de la biología darwinista; desde allí se legitimó la violencia legal. El derecho natural y positivo establecen un orden legal que busca quitarle el uso de la violencia al individuo para que el Estado que dicta ese orden legal le proporcione fines de derecho a esa violencia y la vuelva legal. Al respecto, Tomas Hobbes amplía la perspectiva en *El Leviatán* cuando planteó que los hombres pactan ceder su libertad al poder del Estado, para que este les ofrezca protección, es decir, para que el Estado ejerza el uso legítimo de la violencia, para protegerlos y evitar que, en un estado de naturaleza se maten entre sí.

En su texto *De guerra y muerte. Temas de actualidad*, el psicoanalista Sigmund Freud habla de los impulsos primitivos que habitan en las profundidades de todos los seres humanos, “y tienen por meta la satisfacción de ciertas necesidades originarias”, se asocian con características humanas ligadas al egoísmo, la maldad y la crueldad; las sociedades se han construido rechazando esos impulsos primitivos, y reemplazándolos por cualidades en las que los seres humanos anteponen lo colectivo, dejando de lado su individualidad, “se conforma con que un hombre oriente su conducta y sus acciones de acuerdo con los preceptos culturales, y pregunta poco por sus motivos (...). La presión de la cultura no hace madurar consecuencias patológicas, pero se exterioriza en las deformaciones del carácter y en la propensión de las pulsiones inhibidas a irrumpir hasta la satisfacción cuando se presenta la oportunidad adecuada”.

En una de sus cartas dirigidas a Albert Einstein, —consignada en *¿Por qué la guerra?*— Freud agrega que “las actitudes psíquicas que se nos imponen cada día más por el proceso de la cultura son contradichas de la manera más flagrante y violenta por la guerra”, y cuando le pregunto a Kevin por qué cree que los seres humanos matamos, me dice: “porque sí, uno acá en el ejército a veces le toca matar porque sí, ¿no?”, le digo: o sea que a ustedes no les dan una razón válida para ir a matar a otro, y él dice “no. Sí lo vuelven a uno matón pero con el enemigo, es que esto es muy raro, a uno acá le dan ganas de asesinar, de dar bala, le dan ganas de cazarlo”. Svetlana Alexiévich atinó cuando dijo que en la guerra te encuentras al hombre que la naturaleza creó, no el que creó la sociedad.

El individuo se pierde en la aldea o en la ciudad, se niega e ignora; pero en su “desarrollo anímico las cosas ocurren diversamente (...). Todo estado anímico anterior se conserva junto a los más tardíos, devenidos a partir de él; la sucesión envuelve a la vez una coexistencia (...). Por más que el estado anímico anterior no se haya exteriorizado durante años, tan cierto es que subsiste que un día puede convertirse de nuevo en la forma de manifestación de las fuerzas del alma, y aun en la única forma, como si todos los desarrollos más tardíos hubieran sido anclados, hubieran involucionado”, concluye Sigmund Freud.

En una tienda cerca del Hospital Militar de la Cuarta Brigada del Ejército en Medellín, Kevin está sentado en una silla rimax, comienza a reflexionar, y deja salir algunas cosas: mientras subían una montaña en Puerto Valdivia, Antioquia, “no más subían pa allá bestias”, él y sus compañeros concluyeron “nosotros decíamos: nosotros somos bestias”. Un rato después agrega: “Un soldado es un niño con fusil, ¿no? Eso somos nosotros”. Kevin tiene 19 años, en el momento que escribo esto le faltan 10 días para terminar su servicio militar y está en el hospital porque tiene leishmaniasis.

Capítulo II

"La guerra es un mundo, no un suceso" (Svetlana Alexiévich)

¿Cuándo se entiende qué es la guerra? Quizá solo después de ser objeto de ella, vivirla, hacerla. Jhon Jairo la compara con un accidente de tránsito: “el que lo ve que sucedió ve una cosa, y el que llega después no lo entiende, o sí entiende una cosa, pero no es la real, porque son cosas de momento, y usted no sabe ni cómo lo hizo; pero después usted ve que eso le hizo daño, que eso le está haciendo daño a los demás, que a uno le enseñan que el Estado es como un Dios”.

Mi segundo encuentro con Jhon Jairo— un carpintero por vocación de 55 años, robusto, de baja estatura, ojos pequeños y centelleantes, detrás de unas gafas de marco negro— es mediante videollamada. Conversamos más de una hora y antes de colgar apunta: "Kevin le puede contar las historias vividas de este país". Kevin es uno de los mejores amigos de su hijo Julián, sabía que Jhon Jairo había estado en el ejército y quiso preguntarle sobre prestar servicio militar, "ustedes van a defender a los poderosos a costa de sus vidas", le respondió Jhon Jairo.

Esas palabras pusieron sobre la mesa la pregunta ¿qué implica ser un soldado? En las conversaciones con estos hombres se abrieron caminos que nos llevaron a verdades cotidianas: iban buscando una aventura, huir de sus barrios y familias o tener un ingreso económico fijo, y todos se estrellaron con lo que Jhon Jairo llama un régimen parecido a la esclavitud, “tocaba cumplir las órdenes, pero yo nunca comulgué con eso de la humillación, del grito, de la degradación de una persona porque lleva un año allá lo traten mal. Yo tengo un recuerdo muy malo de las fuerzas armadas”. Él tenía 19 años cuando prestó servicio en el año 1986, en ese momento los falsos positivos todavía no estaban entre las prácticas del ejército y el paramilitarismo no tenía una presencia tan amplia en el país.

Sin embargo, reflexiona sobre porqué surgieron los falsos positivos y el paramilitarismo en Colombia: “En la guerra, a la primera que asesinan es a la historia. Los de rango alto se dedican a decir mentiras planeadas. En ese tiempo yo salí diciendo que la guerra ya la habíamos perdido hace rato, que la guerrilla tenía una capacidad de combate mucho más poderosa que nosotros, conocía más del monte; como me tocó a mí, 5 guerrilleros nos cogieron a 82, a dos contra guerrilla y nos volvieron ropa de trabajo; claro, pero eso no sale en la prensa, entre ellos tres hombres y dos mujeres, y eso lo vi yo”.

Jhon Jairo es un lector voraz, le apasiona hablar de política, y tiene una visión poco simplista sobre el militarismo: “Cuando a uno como soldado le toca ir a quemarle la lancha, a encarcelar, a darle palo a unos campesinos; pero le toca también ir a cuidar los emporios y las maquinarias de La Frontino Gold Mines, cierto, mire usted las diferencias, a quién hay que cuidar, a los ricos, a quién hay que joder, a los pobres; a uno no se lo dicen, pero uno lo entiende, y eso viola la forma de uno pensar”. El soldado no solo es un perpetuador del *statu quo*, también es un guardián de la propiedad privada de las grandes empresas.

7 junio de 2022. 4:05 p.m.

Camilo entró al ejército a los 17 años, en 2012, y desertó cuando tenía 21 años, alzó la mano en una formación y dijo: “no quiero estar más aquí”. Varias experiencias vividas, y algunas acciones que observó en silencio, le hicieron entender que ese no era su lugar, “porque me tocó un escenario muy peye donde uno como soldado veía al civil como enemigo, porque la doctrina militar te dice. Yo a la gente la veía con amor, parchada”. Me cuenta dos anécdotas que lo conmovieron de forma definitiva:

—Desde una escuadra de arriba nos dijeron: ey, pilas que están dando bala desde un carro, bajó el carro, el comandante dio la orden de que disparamos a discreción; parece, encendimos ese carro a bala, ¡tatatatata! Y ese carro de ahí pa’ abajo en pura hijueputa. Más adelante los pararon, entonces nosotros nos fuimos hasta el carro, cuando se bajó una señora, un señor, una niña pequeñita y un anciano, los hicieron tirar al piso ¡que no sé qué!, vomitando todos ¡porque les estaban dando bala! Estaban súper asustados, nada más le pegamos un tiro al parabrisas trasero. Y fue un error operacional, o sea donde esa gente hubiera resultado muerta yo no estaría aquí contándote esto. Ah bueno, y eso era porque el exosto del carro estaba roto, y eso suena durísimo, y más en un cañón, eso amplifica el sonido brutal. Entonces después me di cuenta: parece, estos errores operacionales son pan de cada día.

Y añade: “lo otro fue que me tocó ver cómo mataban a un niño de 16 años, y le pusieron un brazalete del ELN y un fusil AK-47. Me tocó ver un pelao que no se dejaba pues mangoniar por nadie, era un problema para el batallón —cosa que estaba pasando conmigo, pero yo era un poco más discreto—; entonces lo mandaron dizque de permiso, más adelante lo bajaron del bus, las mismas personas de contrainteligencia del batallón, le pusieron un brazalete del ELN y le pegaron un tiro en la cabeza, y le pusieron una pistola. Ese tipo de cosas me llevaron a pensar como: marica, ¿yo qué hago acá, güevón? ¿Yo por quién estoy luchando?”

19 mayo de 2022. 8:08 p.m.

El cuerpo del hombre joven es el cuerpo asesinable por excelencia, por años hemos visto el escándalo que generan los otros seres humanos que caen en la guerra: niños, niñas, mujeres embarazadas, indígenas, afros, hombres trans; poco nos inquieta la cantidad de hombres jóvenes caídos o mutilados en los distintos bandos.

Con Alejandro y Kevin también me encuentro mediante videollamada, están en un baño del batallón, a Kevin se le ven algunas llagas en la cara por su incipiente leishmaniasis, el mosquito lo picó en el Bajo Cauca Antioqueño mientras estaba en el área, pero no habla de su enfermedad sino del accidente de su amigo.

—Este pirobo que sin salir del batallón le ha pasado de todo. ¡No conoce el área! —cuenta Kevin—

—Yo no conozco el monte. Yo no conozco el monte —añade Alejandro riéndose—.

—A este cuando era recluta los mandaron por allá a mover unas carpas, los mandaron a coger unas carpas, y con la carpa cuando la traían, era de esas de hierro, chocaron un cable de luz y estallaron; y mi amigo acá presente salió volando. Y eso mató a uno, mató a uno, ¿sí o no?

—Al lancita mío, al compañero mío.

—El que dormía con él.

Alejandro tiene 20 años, es delgado y alto, de sonrisa amplia. En una conversación anterior se refirió a los días después del accidente, hablaba casi susurrando, fue cuidadoso con cada comentario, “quedé en silla de ruedas, y prácticamente tuve que volver a aprender a caminar”. Hoy, no puede sostenerse de pie más de 10 minutos, perdió la capacidad deportiva que tuvo, decidió demandar al ejército porque “yo necesito un especialista y en el batallón no lo hay”.

6 junio de 2022. 9:41 a.m.

Visito a Kevin en el dispensario del Hospital Militar de Medellín, tiene un uniforme que parece de estudiante de colegio: sudadera, chaqueta de colores blanco, rojo y negro, tenis y gorra, y en el lado izquierdo un escudo; así se ve mucho más niño, tiene tres llagas en la frente, una en la parte que comunica la nariz y los ojos, en la papada y cerca de su oreja izquierda. Le pregunto si hay diferencias entre soldados y guerrilleros:

—A ellos los entierran, a nosotros también. Eso es lo mismo, ¿no? Pues de todas maneras acá a nosotros nos llevan y eso le ponen una bandera encima del ataúd, y un poco de bobadas, le dicen a la mamá que era el mejor soldado.

Cuando pregunto qué hacen si encuentran un guerrillero herido o muerto, dice:

—Terminarlo de picar, claro, porque es que uno le coge rabia a esa gente, obvio, digamos uno por allá patrullando y en cualquier momento una noticia: mataron a un soldado allí abajo, lo dejaron vuelto mierda, y uno se siente como “uy, ese pude ser yo”, cuando cogen un soldado con armamento lo dejan en pelota, como un civil.

Todo hombre tiene un superior porque dentro del género masculino hay jerarquías, y parece que cada hombre subordinado va por el mundo buscando en quién o en qué ejercer su propia autoridad, para redimirse de “esta vulneración de su condición social, laboral, incompatible con las exigencias de su género mediante la violencia (...) el indígena se transforma en el colonizador dentro de su casa, y el trabajador se convierte en el patrón dentro de casa”. Por eso el tema del género no se trata solamente de la relación entre hombres y mujeres, y cómo ese relacionamiento organiza el mundo de las emociones y las cosas, implica algo más amplio, “el modo en que esas relaciones se producen en el contexto de sus circunstancias históricas”—estos análisis los hace la antropóloga Rita Segato en su libro *Contra pedagogías de la crueldad*—.

Si ahondamos en esta cadena de relaciones en la que siempre existen unas personas sobre otras, encontramos el orden simbólico que es el Patriarcado, se trata de la estructura inconsciente que gobierna los afectos y distribuye a los humanos en el escenario social. Al respecto Rita Segato explica en su libro *Las estructuras elementales de la violencia*: “por esta razón el Patriarcado es al mismo tiempo norma y proyecto de autorreproducción”. La jerarquía la llevamos por dentro, el aprendizaje de las funciones sociales que tienen los hombres comienza en la casa, y atraviesa todos los lugares que habita después: el colegio, la iglesia, y para el caso de los soldados, el ejército; de todo este entramado surgen las relaciones de poder.

En un sistema de relaciones como lo es el género, el estatus cobra un valor trascendental [agreguemos también las características que Segato le da al Patriarcado en *Contra pedagogías de la crueldad*, —“el mandato de masculinidad, baja empatía, crueldad, insensibilidad, burocratismo, distanciamiento, desarraigo, limitada vincularidad”—. Refiriéndose a la masculinidad, *Las estructuras elementales de la violencia* la define como “una identidad dependiente de un estatus que engloba, sintetiza y confunde poder sexual, poder social y poder de muerte (...), rehacerse como hombre en detrimento del otro (...), debe conquistarse por medio de pruebas y la superación de

desafíos que, muchas veces, exigen incluso contemplar la posibilidad de la muerte”. Esta fórmula se repite en la masculinidad bélica.

19 mayo de 2022. 8:08 p.m.

—¿Qué es ser un hombre?

—No gonorrea, me boletió con esa pregunta—Después de un rato Alejandro dice: es entender que usted sí o sí tiene que sudarse el pan, usted es el que literal va a dar el paso siempre.

—¿Cuándo se dieron cuenta de que eran un hombre?

—¿Cómo así? ... le dicen: es que usted es un hombre, ya.

—¿Quién les dijo eso?

Entonces Kevin comienza a contar su historia:

—Yo me di cuenta que yo era un hombre una vez que mi mamá y yo estábamos viviendo en el centro, y ella se quedó sin trabajo, pasaron muchas cosas, y empezamos a deber una plata en la pieza y todo, entonces nos sacaron, yo me desesperé, yo sabía que yo tenía que hacer algo; entonces le dije a un man de por allá que era jíbaro que me pusiera a trabajar, y me puso a trabajar pues vendiendo dizque bazuca, en el centro, y yo, yo creo que ahí me comencé a volver un hombre, porque yo ya no quería depender de mi mamá más, sí me entiende, yo la quería era ayudar, y yo todos los días le llevaba el desayuno, el almuerzo y la comida, y también pagaba la pieza pa los dos.

—¿Y qué edad tenías?

—16.

Alejandro continúa:

—Yo a los 12 tuve que empezar a trabajar, a los 15 fue que yo ... yo conocí a mucha gente, me pusieron a trabajar, me enseñaron a manejar moto, ya.

—Y también cuando uno se viene pa acá [el ejército] uno termina de darse cuenta que uno es un varón, que uno no necesita a la familia pa nada, usted pa qué va a llamar a la mamá a decirle mamá tal cosa o a llorarle, porque la mamá se preocupa y todo, nooo, usted está solo en la vida y toca es guerriarla. Concluye Kevin.

Ante la pregunta qué es ser un hombre, Jhon Jairo se dirige a sus primeras veces en los lugares comunes de la masculinidad latinoamericana: “contar cosas de vivencias sexuales que se han tenido, y se llega a inventar, para ser berraco, probar. Yo me acuerdo que no hay nada más horrible que una borrachera, y uno de niño, y hacerlo y volverlo a repetir, una cosa horrible, es de las cosas que llaman probar finura. Ser berraco era que había que fumar de eso [marihuana]; es como un bautizo, una prueba de fuego para la aceptación”.

7 junio de 2022. 4:05 p.m.

Camilo prestó servicio militar y se quedó, quería hacer carrera en el ejército, al principio le chocaban las órdenes y cómo se las daban, pero con el tiempo desarrolló un mecanismo de defensa que surgió de su capacidad de análisis de las situaciones y los seres humanos que lo rodeaban:

—Ah bueno, si ellos se sienten grandes cuando uno les cumple una orden, puff, me vale mondá; entonces cuando me daban una orden yo por dentro me los gozaba, porque decía: ahí se ve su masculinidad frágil reflejada, sí o qué, eran así gritando como locos. Pero sabés que me daba como pesar porque veía como un montón de niños maltratados, veía como un montón de problemas infantiles en esos comandantes, unos lo hacían porque les tocaba, otros lo hacían por convicción, otros lo hacían por rabia con la vida.

Él me explica algo sobre la jerarquía: “es el respeto al tiempo, aunque a veces también la jerarquía se ve muy marcada en si vos sos soldado oficial o suboficial, pero había subtenientes que recién se habían graduado de cadetes, que llegaban a darle órdenes a sargentos que llevaban 20 años en la fuerza, la plata dándole órdenes a la experiencia”.

19 mayo de 2022. 8:08 p.m.

En las conversaciones con Camilo, Kevin y Alejandro percibí lo que llamaría la culpa de existir, un rechazo a sí mismos, y la constante búsqueda de un castigo. Mientras hablo con Kevin y Alejandro, este último se mira al espejo del baño, se habla a sí mismo:

—Yo creo que el castigo más grande que me ha dado la misma vida me lo he dado yo mismo, que fue venirme a prestar servicio [Se ríen].

—Qué hijueputa castigada nos pegamos.

—Yo en estos días hablaba también con Kevin de la situación que me pasó [el accidente], él me comentó que a ellos los mandaban también por esas carpas justamente por el mismo lugar y nunca les pasó nada, y llego yo, la primera vez que nos mandan, y me quemé.

—¿Tú ves eso como un castigo?

—Sí, claro, yo siempre he sido partidario de que uno todo, bien sea lo bueno o lo malo, lo paga, y uno tampoco ha sido una perita en dulce...

—Uno acá en parte también viene a pagar mucha chimbada que uno ha hecho —añade Kevin—

Kevin y Alejandro crecieron en barrios que se quedaron al margen de Medellín y Bello, los hombres jóvenes en esos territorios han sido maltratados, reclutados y asesinados, por todos los grupos armados que operan en ellos; sospecho que, de allí, del contexto del barrio, de la vida en peligro inminente, de las decisiones políticas de los gobernantes, también viene la ausencia del valor propio, de la vida misma, y la cercanía con la muerte que ellos manifiestan.

Esta repetición de la violencia conmociona de formas silenciosas a quienes la padecen, y es lo que termina ocasionándoles esa culpa de existir, cuyo génesis está en la jerarquía simbólica del patriarcado. Sigmund Freud profundiza en *Dostoievski y el parricidio*, hablando de “Un padre punitivo y cruel (que en nuestra casa podemos reemplazar por un orden punitivo y cruel) que le inculca la duda sobre su propio valor y virilidad, y la vida bajo amenaza, instala una culpa que solo descansa brevemente en el castigo. En vez de autocastigarse, logró hacerse castigar por el representante paterno. Tenemos aquí un indicio de la justificación psicológica de las punitivas aplicadas por la sociedad. Es sabido que grandes grupos de delincuentes desean ser castigados. Su superyó lo exige; así se ahorran a sí mismos la necesidad de infligirse el castigo”. Y remata: “Alcanza a otros para obtener la propia destrucción del yo”.

7 junio de 2022. 4:05 p.m.

—¿Cuál es la verdadera guerra de un soldado?

— [Silencio] yo creo que es... como la zozobra del día a día. Porque obvio la guerra que vos tenés que pelear es netamente política, pero del soldado como individuo es... ¿qué irá a pasar mañana? O ¿qué irá a pasar si doy un paso, o qué pasa si me duermo prestando guardia? [silencio]. Yo creo que es el miedo. Todo puede pasar en cualquier momento. Me tocó ver parceros que daban un paso y ¡Boom! o dormir con un parcerito y al otro día, muerto [silencio]. Responde Camilo

Y agrega: “entonces uno está como tan familiarizado con eso que aprende a naturalizar la muerte. Entonces eso pasaba, y no, murió en el cumplimiento del deber; pero también eso ligado al desvalor que uno le da a la vida, a la final como te decía al principio la vida es una chimba, pero si vos te morís el mundo sigue, ¿vos quién sos? Entonces, ah bueno, si me pasa a mí pues todo bien, ojalá no sea muy brusca la cosa”.

Después de escuchar estas experiencias solo pienso en lo que dijo Svetlana: "No se debe poner a prueba al ser humano de este modo. El ser humano no resiste tantos experimentos".

Capítulo III

"En el fondo, uno se transforma en el personaje que lo ayuda a vivir" (Marvel Moreno)

Entre los motivos que tuvo Camilo para irse al ejército, el más profundo comenzó a gestarse en su infancia. Él era un niño que jugaba ajedrez y leía, en lugar de estar en las canchas detrás de una pelota, tenía dificultad para atender clases cuyo contenido entendía rápidamente, y comenzó a ser relegado por sus compañeros y compañeras.

También era el niño que prefería lidiar solo con la separación de sus padres, no cargar a su mamá con su tristeza, pues creía que ella tenía suficientes problemas criando cuatro hijos [él, sus dos hermanas y un primo], “parte de asumir responsabilidades tuvo que ver con ello, como no tenía una figura paterna a mí me tocaba darme consuelo y regañarme a veces; mi mamá tampoco estaba, pues porque se la pasaba trabajando o borracha. Obvio cuando uno mismo es el profesor de su vida le toca chocarse muy duro pues”.

Entonces hablamos sobre su soledad, la necesidad de enfrentar la vida solo, [golpea rítmicamente la superficie de un cuaderno con un lapicero mientras piensa un rato largo] “yo creo que es más instinto que otra cosa”. Antes de comenzar la entrevista me contó que se ha dado cuenta de muchas cosas últimamente y lo veo abstraído, encontrando fantasmas, “ah, otra cosa que recuerdo es que cuando estuve en el monte la viví mucho [la soledad]. Entonces aprovechaba los paisajes, porque me tocaba en unos lugares hermosos, los admiraba brutal, o cuando estaba en el monte muy espeso, imagínate ese árbol, pero multiplicado en mil y no ves el sol, porque es un bosque muy espeso; pero están todos los pájaros, marica, haciendo sus ruidos, sus sonidos, y te acompañan, uno se aprende a descubrir, a acompañar”.

7 junio 2021. 4:05 p.m.

Con 8 años Camilo comenzó a elaborar la coraza de su soledad y años después fue al ejército para fortalecerla. También a esa edad comenzó su relación con la música.

—De las primeras canciones que yo pude escuchar con mucho detenimiento fue una canción que se llama La Choca, una gaita, siempre la tengo, así como en mi cabeza.

—¿Y te remite a algún momento?

—Sí, si vieras que, es muy charro, porque por ejemplo mi cercanía al folklore fue un escape de un montón de cosas que estaban pasando en mi barrio, había mucha violencia, entonces como que el refugio en ese momento era la música; y llegó alguien y propuso un grupo de jóvenes, en pro de sacarlos de esa realidad tan peye, éramos puros pelaos muy vulnerables pues. Entonces de una cuando escucho ese tema, me lleva a un salón de una junta de acción comunal con instrumentos malos [se ríe como quien recuerda algo que lo hace feliz], trabajando con las uñas. Sí, sí me remite a un lugar, claro.

Camilo no aparenta los casi 30 años que tiene, es delgado y pequeño, tiene ojos color miel y su cabello es de rizos castaño oscuro. Mientras me narra la historia de su vida usa muchos gestos, palabras de la cultura paisa, cada expresión de su cuerpo acompaña es un correlato. Nos sentamos cerca de la fuente El hombre creador de energía, en la Universidad de Antioquia, me cuenta que vivió junto con otras 7 personas en una pequeña casa en el barrio Granizal, en la Comuna 1 de Medellín, y la separación de sus papás ocurrió en esa edad decisiva, los 8.

—Yo a mi papá lo quiero mucho. Y, tan charro ome, porque hasta ahora me doy cuenta, bueno ahora no, hasta hace poco me empecé como a dar cuenta de eso, que yo siempre le he echado mucho la culpa a mi mamá de la separación; pero veo pues un mecanismo de defensa de ella, me tengo que separar porque si no ¡Esta gonorra me mata! Sí o qué, pero yo no entendí eso en ese momento; entonces yo de mi papá no pensaba mal, no pensaba mal, pero tampoco lo defendía, ehhh me hacía mucha falta.

Después de contarme a quién culpó, hablamos sobre sus propias culpas, primero dice con seguridad que ha aprendido a no sentirla, después divaga e intenta justificar cosas que hizo, pero solo dice fragmentos, finalmente termina sin decir nada; se asegura así mismo que no es la peor persona, “sabés de qué sí siento mucha culpa, y pues no es mi responsabilidad, del hecho de que mi mamá me haya tenido, la vida de una persona se vuelve una mierda cuando nace su cría, sí o qué; yo soy consciente de que mi mamá tenía sueños, cosas por cumplir, y obviamente con la existencia de uno se le acaban”.

Antes mencionó que creció con una frase de su mamá en la cabeza: nunca tengan hijos, tener hijos no es negocio, “como ay gonorra o sea que mi mamá se arrepiente de tener sus hijos, pues y con razón [abrió los ojos con gesto de obviedad, luego sonrió], ¡qué gonorra! Entonces yo ahora que caigo en cuenta: mi mamá no está cómoda tampoco con el hecho de tener hijos, toda sacrificada haciendo un montón de cosas por darnos dizque una vida buena, pero ella no tenía tampoco vida. Y yo, ay gonorra mi mamá no [se quedó en silencio] no le trama el hecho de que yo exista. Y no la culpo”.

Algo se le viene a la cabeza repentinamente y sonrío con un poco de amargura, “já, tan charro. Yo siempre pensé: cómo habría sido la vida de nosotros si nada de eso hubiera pasado. Yo mantenía mucho en la casa de mis amigos del colegio—tuve dos, tres amigos—, pero era muy bacano, yo me les pegaba pa’ la casa: Ve, vamos pa su casa [lo dice como un niño emocionado que invita a otro a jugar]. Entonces... hasta hace poco también me di cuenta que yo me iba pa la casa de los amigos porque me gustaba mucho ver cómo la familia de ellos era pues una familia establecida, normal, cierto; entonces la mamá estaba en la casa, el papá llegaba por la tarde del trabajo, los pelaos llegaban a hacer tareas, cosa que en mi casa nunca se veía. Entonces los papás de mis amigos eran como: quihubo mijo, usted qué, tá, tá, y yo como callado: no bien, y cómo va la mamá, y yo: no, todo bien —yo haciendo de tripas—; pero era como por ver eso, me hacía mucha falta, me hacía mucha falta, mucha falta [Se queda callado unos instantes, y vuelve a reírse con amargura]. Uy, mera vuelta ese recuerdo”.

Pocas veces podemos recordar cuándo fue el último día de algo. Camilo no tiene claridad sobre el momento en que su papá se fue, dice que era irresponsable, que su mamá de pronto lo vetó, o él se puso celoso de verla con otras parejas; el caso es que hubo un lapso donde su papá no se preocupó por él y sus hermanas, “el alcohol lo llevó a cometer muchos errores”.

Otro de los elementos que construyeron la coraza de su soledad fue no ser como su papá, no ser cobarde como él y ponerse el reto de ir al ejército, no ser desconfiado como él y estar totalmente abierto a todos, “la ausencia del cucho me hizo desarrollar unas cualidades para sobrevivir, cierto. No me ha hecho falta. Estaba muy concentrado en sobrevivir como pa’ pensar en él”. También admite “mi papá en este momento es una persona totalmente distinta; pero en su momento sí, cometió muchos errores”.

Después del ejército volvió a su casa, pero algo de esas formas de trato resonaba aún en él, recuerda tratar con severidad a sus hermanas, sin ser consciente de ello, hasta que su mamá lo sacudió con las palabras: “¡ya no estás en el ejército!” Luego estuvo en Cuba, aprendió a tocar más instrumentos

musicales; regresó a Colombia para vivir de tocar su guitarra y cantar en distintos lugares, y ahora hace parte de movimientos sociales que trabajan con estudiantes, campesinos y ex combatientes de las FARC-EP.

Hoy, el adulto que aún alberga a ese niño, sigue solucionando sus problemas en soledad, creando su vida. Lleva su guitarra con él muy seguido y de cualquier conversación puede resultar interpretando canciones sobre la tierra, los seres despojados de ella, la poesía y las complejidades de la vida.

La casa de Jhon Jairo es pequeña y bien distribuida, antes de entrar a la casa hay un espacio de carpintería, una mesa [donde tiene el libro *El día señalado*, de Manuel Mejía Vallejo], un armario con herramientas distribuidas por usos y colores; entras y encuentras una sala con muebles pequeños, cuadros, un reloj en madera, al lado izquierdo están las dos habitaciones, y después de la sala está la pequeña cocina, hecha por completo en madera, y una mesa de comedor del mismo tamaño y también en madera; todo lo ha hecho él.

Nos sentamos mientras su hijo Julián prepara café, después, él también se sienta con nosotros. Jhon Jairo y Julián comparten el interés por la política [el tema del que hablamos la mayor parte de la entrevista], la literatura y la historia. Cuando termina una anécdota de su infancia señala a su hijo, y dice: “yo con Julián hice un trabajo muy distinto”.

La historia que llevó a esta afirmación comienza en su niñez, “mi mamá un día decidió irse, irse, se fue, y a mi papá le quedó grande quedarse con nosotros; entonces quedamos por ahí mi hermanita y yo, de 10 años, a ver cómo conseguíamos trabajo, y a ganarnos la vida [no hay ningún asomo de resentimiento en su voz]. Nosotros somos 12, ella la menor de las mujeres, y yo de todos, mi hermana mayor me lleva más de 20 años, los otros estaban casados. Eso fue por allá por 1978”. Los dos niños deambularon por mucho tiempo entre las casas de sus hermanos mayores, trabajando, Jhon Jairo recolectó café, arreó vacas y mulas, y realizó otras tareas del campo, hasta que aprendió a leer “por lo que me explicó mi papá y por Radio Sutatenza”; pero fue tiempo después, a sus 17 años que se obsesionó con la lectura, gracias al apoyo de una sobrina, “me leí Cien años de soledad y ya arrancó la cosa. Aprender a leer lo considero mi mayor triunfo en la vida”.

Cuando aún vivía con sus padres le causaba curiosidad la alcancía ubicada en la iglesia, un día se atrevió a preguntarle a su papá: “¿es que Dios necesita plata?” Su papá se molestó al punto de llamarlo hereje. En otra oportunidad, su papá estaba pegado del radio [ese y una linterna grande eran los únicos electrodomésticos de la casa] escuchando sobre la visita del Papa, alguien dijo que daba \$50 por un Cristo bendecido por el Papa, y vuelve Jhon Jairo a mirar a su papá: “pero un Cristo bendecido y sin bendecir ¿no vale lo mismo?”. Mientras su mamá recibía la harina que le daban en la parroquia, él aprovechó para alzar la falda a la virgen y metió el grito: “¡¿Y esto es un Dios?! ¡¿Y esto le hace milagros a uno?! Entonces mi mamá volvió y me dijo hereje, se manejaba mucho esa palabra; entonces yo he dicho que yo no soy creyente, yo soy dudante”.

Jhon Jairo parte una manga para compartirla, les cuento cómo me fue con Kevin, y algo que dijo: “mi mamá me pegó una vez, el resto fueron intentos de asesinato”; y entonces me cuenta sobre aquella vez: los niños de la casa comían antes de que llegaron los hombres de trabajar, él estaba con su plato cuando una de sus cuñadas le ofreció carne, la recibió; en ese momento llegó su mamá, le gritó que por qué no se comía lo que tenía, lo alzó y lo arrojó al piso, su hermana pequeña intentó defenderlo, ambos salieron corriendo, su mamá les lanzó lo primero que encontró, algo pesado, los niños lograron agacharse antes de que les impactara en la cabeza. La violencia sin sentido, nunca tener del todo claro qué puede ocasionar el maltrato, “eso no educa, eso crea odios”, concluye Jhon Jairo.

Eso fue lo que intentó hacer durante la crianza de su hijo, educar sin crear odios, cultivar la capacidad reflexiva, identificar que, sin saberlo podemos “apoyar al malhechor, ¡y el malhechor puede ser el estado! La pregunta es bienvenida en esta casa”.

Retomamos el tema del hombre soldado, entonces él explica: “cada grupo armado son asesinos en potencia, pero hay gente que se quedan ahí, no se cuestionan: o sea, yo puedo estar dentro del ejército, pero cuestionar, estar dentro de la policía, pero cuestionar, y no nos pasa eso porque tenemos mentes muy pequeñas y aisladas, y si a nosotros nos dicen esto es así, así nos quedamos, hay que ponerlo en duda, no hay que ser creyentes hay que ser dudantes [su voz toma un peso en esta frase]. La milicia es sálvese quien pueda, tengo que aprender a odiar a gente que es mala no sé por qué, Colombia no está hecha para defenderse, está hecha para matarse a sí misma”.

En cierta ocasión hablé con una profesora de filosofía sobre esa ausencia de introspección y cuestionamiento en los hombres soldado, ella planteó lo siguiente: “la experiencia requiere el poder reflexionar, la vivencia le pasa al cuerpo, pero no se puede decir; ellos sobreviven en la vivencia y evitan la experiencia”. Alejandro hace un gesto de desgano y dice “eso es lo más complicado acá, entre usted más lo piense, usted más problemas va a tener; Kevin lo interrumpe “ya qué se va a estresar por eso, de todas maneras, uno ya se regaló y ya está acá, le toca cumplir la orden y ya, por güevón, pa’ qué se vino pa’ acá, así le dicen a uno: entonces pa’ qué se vino pa’ esta mierda [eleva el tono de voz como reclamándose a sí mismo]”.

Les pregunto a Kevin y Alejandro si en algún momento de sus vidas vieron o escucharon otra posibilidad de ser hombre. Alejandro me dice “no, yo siempre vi lo mismo”, y Kevin responde “no, yo siempre vi en la casa que un hombre es el que responde por la familia, eso es ser un hombre”. Entonces pregunto si han querido ser de otra manera, si lo han imaginado, Kevin contesta: “no, pues así es uno, así crece uno”, y Alejandro: “yo no sé a lo que usted realmente se refiere con esa pregunta, pero el hecho es cambiar un aspecto más interno. Pues nea, yo también por eso me vine pa’ acá [ejército], para pagar todo, para olvidarme de muchas cosas, cambiar mi vida, rehacerme”.

Esa concepción del servicio militar como lugar para expiar pecados cometidos, los ha puesto en la condición del penitente que nunca termina de pagar lo que debe; así que estar en un reformatorio [como fue el caso de Kevin] o en el ejército, los castigos físicos y psicológicos allí recibidos, son merecidos, porque hay algo en ellos que se debe enderezar, volver a hacer. “Es la familia la que los prepara para esto. La iniciación a la masculinidad es un tránsito violentísimo. Esa violencia va más tarde a reverter [o rebosar] el mundo (...). Una de las claves del cambio será hablar entre todos de la victimización de los hombres por el mandato de masculinidad y por la nefasta estructura de la fratria masculina” [se refiere a las acciones de los hombres para ser vistos y aprobados por otros hombres, una especie de clan] — observa Rita Segato en *Contra pedagogías de la crueldad* —.

“¿De la infancia? Yo no tuve infancia, solo el colegio”, dice Alejandro sin ocultar la amargura. De esa infancia también recuerda que vivió en una casa unifamiliar, antigua, tenía 12 habitaciones, un patio donde los primos pasaron de los juegos a las trabas, y hasta había un pozo. Allí vivía “prácticamente toda la familia, con mis abuelitos, pues con los papás de mi mamá”.

Le pregunto sobre el perdón: “usted puede decir que usted perdona a alguien, pero si usted se pone a analizar, y analiza muchas cosas de usted mismo, usted ni se ha perdonado muchas cosas a usted; entonces usted realmente no ha perdonado a nadie”. ¿A quién no perdona Alejandro?

Encuentro la respuesta a esa pregunta cuando me percató de que solo habla de su mamá y sus tíos, entonces dice cortante “Yo no tengo papá. A mi mamá le tocó ser papá y mamá, pues esa es una de las razones por las que a mí me tocó salir a trabajar a los 12 años, a mi mamá le tocaba muy duro, y

yo veía que mi hermano no conseguía camello, que se le metía a la pieza de mi mamá y le sacaba plata”. Le pregunto si lo ha visto alguna vez, “tuve como posibilidad de conocerlo y pues yo no quise, prácticamente lo espanté, lo eché a las patadas”. Kevin le pregunta asombrado “¿cómo así, hermano, entonces usted rechazó al viejo ese día?”. Alejandro dice con brusquedad: “toda la hijueputa vida. Yo lo perdono, pero yo lo sigo rechazando porque a mí la que me crió fue mi mamá, a mí la ropa me la ha dado mi mamá, todavía me da el ánimo, todavía me da el amor, todavía me da el calor; entonces yo no necesito papá, mi papá ya está en la casa y es mi mamá”.

Alejandro creció con dos referentes masculinos opuestos: “el patrón y mi tío”, el primero era “el padrino [se ríe], ese man me cogió a mí pa trabajar desde chinga, tal tal, mire qué quiere pa’ su vida, esto no es lo mejor, pero tiene el pan”. Y el segundo “es camellador, es mulero. Desde niño, cuando yo no tenía nada o faltaban muchas cosas en la casa, él nos apoyaba”.

Alejandro tiene su vida planeada después del ejército, cuando su caso se resuelva quiere montar una empresa audiovisual con sus amigos, y ayudar a su tío para que trabaje independiente.

El 19 de mayo subí a mi estado de whatsapp una imagen de *La gente anda diciendo* [una página de Facebook que recoge conversaciones casuales de personas en la calle], decía: “es que la felicidad no se puede ocultar, mami”, se trata de un niño de 7 años respondiendo a su mamá cuando ella le dice que se calme y no grite; Kevin respondió el estado con un audio, su voz sonaba apagada: “Qué vuelta, eso me acuerda cuando la cucha a mí no me dejaba como ser feliz, digamos uno no podía gritar, nada, mi mamá mantenía muy estresada [silencio]. Eso, eso es una gonorrea, uno prácticamente no tuvo... infancia”.

Sin embargo, recuerda cuando “iba a ir a estudiar y le decían devuélvase pa’ la casa que esto se va a prender o algo. Si uno crece en un barrio muy violento, crece ahí dentro de la violencia” [grupos guerrilleros, Comandos Armados del Pueblo, fuerza pública y paramilitares, se disputaban el control de la Comuna 13 cuando él era niño], también tiene presente los partidos de fútbol y el “escondrijo americano con las pollitas” [Se ríe a carcajadas]; pero algo en él se ensombrece cuando retoma lo que decía en el audio: “eso, dañar cosas, jugar por ahí, porque ella no me dejaba; entonces yo me fui volviendo grande desde niño”. En otro momento, después de quedarse mirando hacia su interior, simplemente dijo: “yo me acuerdo de cositas malucas”.

Esas cositas van desprendiéndose en comentarios casuales, descripciones y recuerdos, no solo dejó de ser niño en el ejército, en su primera infancia, o a los 16 cuando pagó el arriendo de esa pieza en el centro, también lo dejó de ser a sus 13 años cuando estuvo en un internado, lo compara con el ejército porque tenía que levantarse temprano, había formaciones y estaba encerrado junto con otros niños; “mi mamá me mandó para allá, no sabía qué más hacer conmigo, y yo la entiendo, es que yo era mera plaga”. Uno de sus amigos me contó que se voló de ese reformatorio.

Y luego está el Ejército, ni en su voz o gestos hay asomo de rabia o tristeza cuando habla del comandante que los hacía arrastrarse por un suelo pedregoso, mientras los golpeaba con una varillita de bambú para que mantuvieran la cabeza en el piso, “¡Porque si no se la vuelan!”; o del teniente que usaba un cordel para limpiar el fusil por dentro, “pero a esa gonorrea le gustaba pegarnos con eso en las piernas, pero es cuando uno hace algo mal hecho”. Ese teniente también fue el que paró una instrucción en la que Kevin no era capaz de meter el proveedor en el fusil, “me dijo abra la boca, y yo abrí la boca y me metió el proveedor en la boca [se restriega el proveedor imaginario en su boca], me dijo: había que lubricarlo, hermano. Y yo: mi teniente, no vuelve a pasar”. ¿Y vos cómo te sentiste? Pregunto, “no, pues normal. Igual uno [se ríe], porque es que uno ya le habían enseñado, entonces uno tampoco se siente como ah, este pirobo, no, normal”.

Kevin mide 1.61., los ojos son negro brillante, alargados, de pestañas extensas y tupidas, su nariz es pequeña, labios gruesos, y sonrío poco. De su infancia existe la imagen de un niño ilusionado esperando a su padre, un niño que es desilusionado constantemente, pues su padre nunca cumple esa promesa. “Él nunca vivió conmigo, nunca se ha acercado mucho a mí, prácticamente está y no está; pero hoy en día sí me llama hay veces, me manda plata, pero ya pa’ qué, yo lo quiero igual, pues como cuando uno es niño y crece con el papá, que eso se muere por él, nooo”. Las figuras paternas de Kevin fueron los tres hermanos de su mamá, “ellos son historia por allá [en el barrio] eran tres tíos, y a los tres los mataron”.

Le pregunto ¿cómo eran ellos con las mujeres? “Tiernos. Claro, uno tiene que ser tierno con las mujeres”. También me cuenta: “una vez nosotros fuimos a una finca, y mi tío llevó a la otra mujer, y cuando llegamos yo le conté a Kelly, la mujer de él: yo vi a Shiley allá en la finca. Kelly toda enamorada le montó problema, le dijo que yo le había dicho, y a mí me dieron mera pela por sapo. Yo a Kelly la quería mucho, ella vivía en la casa, y no me dejaba pegar hay veces, porque yo era muy plaga y mi mamá me daba duro. Entonces no sé, a mí me dio por contarte, porque mi tío le pegaba a ella y todo; ella hay veces me lloraba y me decía: usted no puede ser así con las mujeres”.

Kevin salió hace pocos días del hospital militar, y también terminó su servicio militar obligatorio; en este momento está haciendo un curso de altura para trabajar en construcción. Sigue teniendo el gran sueño de montar su propia barbería.

La masculinidad se construye con el sufrimiento no reconocido de los hombres, como no es nombrado se vuelve inexistente, o más bien imperceptible, esto trae como consecuencia la incapacidad de tratarlo y transformarlo. La historia del hombre, en la esfera pública e individual, es la de la violencia. La guerra que libran fuera, contra ese enemigo construido y que aprendieron a odiar, es una guerra que han librado dentro de sí durante sus vidas.

Referencias

Moreno, M. (1987). En diciembre llegaban las brisas. Alfaguara.

Moreno, M. (2018). Cuentos completos de Marvel Moreno. Alfaguara.

Rodríguez, F. (1988). Una entrevista inédita de 1988 con Marvel Moreno. *Revista Semana*. Recuperado de: <https://www.semana.com/libros/articulo/entrevista-inedita-con-marvel-moreno-fabio-rodriguez-literatura-colombiana-sexualidad/69660/>

Cacho, L. (2018). Ellos hablan, testimonios de hombres, la relación con sus padres, el machismo y la violencia. DEBATE.

Federici, S. (2004). Calibán y la bruja: mujeres, cuerpo y acumulación primitiva. Traficantes de sueños.

Molano, F. (1997). Todas mis cosas en tus bolsillos. Celeste.

Marx, K. (1968). Manuscritos de economía y filosofía. Alianza Editorial.

Segato, R. (2003). Las estructuras elementales de la violencia. Brasília.

RT en español. Rita Segato: “Los crímenes contra las mujeres son vistos en general como un crimen menor”. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=XIUsnBPZSe8>

Reddebibliotecas. Beatriz Preciado y Marianne Ponsford Hay Festival 2014. Obtenido de: <https://www.youtube.com/watch?v=4o13sesqsJo>

Facultad de Ciencias Sociales UNMSM. Colonialidad del poder y feminismo. Rita Segato. Obtenido de: https://www.youtube.com/watch?v=m_ZJKPC-6as

Foucault, M. (2000). Defender la sociedad. Fondo de cultura económica de Argentina, S.A.

Campo, O. (Director). (2010). Cuerpos frágiles [película]. Vicerrectoría de investigaciones Universidad del Valle.

Mbembe, A. (2011). Necropolítica. Editorial Melusina.

Arendt, H. (2013). Eichmann en Jerusalén. DeBolsillo.

Bergman, I. (1987). La linterna mágica. Tusquets.

Biblioteca Pública Piloto. Aula abierta - Marxismo y Feminismo - Abril 18 de 2018 (primera parte). Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=22WdUgzIzpA>

Biblioteca Pública Piloto. Aula abierta - Marxismo y Feminismo - Abril 18 de 2018 (segunda parte). Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=weayNTy0aGM>

Álvarez, J.(2014, diciembre). Los positivos del cabo Mora. El Malpensante, 159. Recuperado de <https://elmalpensante.com/articulo/3266/los-positivos-del-cabo-mora>

Espacio Fundación Telefónica Madrid. (2019). 'Ellos hablan' con Lydia Cacho. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=LeW84awWTwA>

Tarazona, J. (15-10-2021). "Siento tristeza y vergüenza, no puedo dormir tranquilo": coronel Borja, quien ordenó 57 falsos positivos. RCN Radio. Recuperado de <https://www.rcnradio.com/recomendado-del-editor/siento-tristeza-y-vergüenza-no-puedo-dormir-tranquilo-coronel-borja-quien>

Soy Tribu. La tribu reparadora. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=HgLBSActPsw>

Molano, A. (2001). Desterrados: crónicas de desarraigo. El áncora editores.

Aleksiévich, S. (2016). Los muchachos de zinc: Voces soviéticas de la guerra de Afganistán. DEBATE.

Osorio, R. (2018). Reportaje: la metodología del periodismo. *Comunicación, número 38*, págs. 37-49. file:///C:/Users/USUARIO/Desktop/Dialnet-ReportajeLaMetodologiaDelPeriodismo-6547411.pdf

Jurgenson, J. Camacho, S. Maldonado, G. Trejo, C. Olguín, A. Jiménez, M. *Investigación cualitativa y diseño investigativo*. Universidad autónoma del estado de Hidalgo. <https://www.uaeh.edu.mx/scige/boletin/tlahuelilpan/n3/e2.html>

Arendt, H. (2005). Sobre la violencia. Alianza Editorial.

Aléxievich, S. (2016). Los muchachos de zinc. DEBATE.

Benjamin, W. (1995). Para una crítica de la violencia. Editorial Leviatán.

Hobbes, T. (2018). Leviatán. Editorial Deusto.

Freud, S. (2010). De guerra y muerte. Temas de actualidad y *otros textos*. Amorrortu editores S.A.

Segato, R. (2018). Contra-pedagogías de la crueldad. Prometeo libros.

Segato, R. (2003). Las estructuras elementales de la violencia. Universidad Nacional de Quilmes.

Freud, S. (1976). Sigmund Freud, obras completas. Amorrortu editores S.A.

